

El anillo del espíritu

Lois McMaster Bujold

Traducción:  
Marian Tobalina Salgado



Para Jim y Trudie

Fiametta volteó la pella de arcilla rojiza en la mano.

—¿Creéis que ya está hecho, padre? —preguntó con ansiedad—. ¿Puedo abrirla?

El padre cerró una mano sobre la suya, para comprobar el calor.

—Todavía no, déjala. No se va a enfriar antes porque la manosees.

Ella suspiró con impaciencia y depositó la bola de arcilla de nuevo en el banco de trabajo, bajo la luz del sol matinal que se colaba a través de las rejas de hierro de la ventana.

—¿No podéis usar un hechizo para que se enfríe?

Él se rió.

—Haré un hechizo para que te enfríes tú, niña. Tienes demasiado fuego dentro de ti. Incluso tu madre lo decía. —En un acto reflejo, el maestro Beneforte se santiguó e inclinó la cabeza al nombrar a la difunta. La risa se diluyó un poco en sus ojos—. No quemes el carbón demasiado deprisa, tiene que durar toda la noche.

—Pero si está tan oscuro que no se ve nada —adujo Fiametta—. Lo que se quema con rapidez, brilla más. —Apoyó los codos en el banco y arrastró las zapatillas por las baldosas, mirando su obra. Arcilla con un corazón de oro. En los sermones de los domingos, el obispo Monreale solía decir que el hombre era de arcilla. Sintió que se hacía uno con el objeto de la mesa, marrón y cubierto de bultos por fuera, pero con una promesa secreta en su interior. Suspiró de nuevo, *ojalá pudiera romperla para abrirla*.

—A lo mejor se ha estropeado —dijo nerviosa—. Una bolsa de aire... suciedad... —¿Es que él no lo oía? Un rumor alto y claro, como un pequeño latido.

—En ese caso, puedes fundirlo y empezar de nuevo hasta que salga bien. —Su padre se encogió de hombros—. Sería culpa tuya y te lo merecerías, por apresurarte a verterlo antes de que yo viniera para vigilarte. El metal no se habrá perdido, o no debería. Si has hecho una faena así te golpearé como si fueras una aprendiz de verdad. —Frunció el ceño en un gesto feroz, pero Fiametta vio que no iba del todo en serio.

Perder el metal no era lo que más le preocupaba, sino el desvelar su secreto y arriesgarse a que lo desaprobara o se burlara de ella. Cuando oyó los pasos de su padre acercarse por el corredor, borró rápidamente con saliva y con la manga el diagrama que había pintado con tiza, y escondió la hoja con la fórmula copiada con su mejor caligrafía, así como los objetos simbólicos (sal, flores secas, un poco de oro en bruto, semillas de trigo) que estaban sobre el banco de taller. El delantal donde lo metió todo quedó en un extremo de la mesa, claramente a la vista. Después de todo, su padre solo le había dado permiso para fundir oro. Se subió a una banqueta alta, se sacudió el delantal de cuero que llevaba sobre un vestido de lana gris y aspiró el aire frío y primaveral que entraba por la ventana sin cristales del taller. *¡Ha salido bien! Mi primer intento ha salido bien. O, por lo menos... no me ha explotado en la cara.*

Desde la pesada puerta de roble de la entrada llegó el sonido de unos golpes, junto con la voz de un hombre.

—¡Maestro Beneforte! ¡Los de la casa! Próspero Beneforte, ¿estáis despierto?

Fiametta gateó hasta la mesa para pegar la cara a la reja y así intentar ver la calle por la esquina del marco de la ventana.

—Dos hombres, padre. Son el administrador del duque, el maese Quistelli, y el capitán suizo —añadió resplandeciente.

—¡Ja! —El maestro Beneforte se quitó apresuradamente el delantal de cuero y se estiró los faldones del sayo—. ¡A lo mejor me trae el bronce, por fin! Ya era hora. ¿No ha quitado nadie la tranca de la puerta esta mañana? —Sacó la cabeza por la otra ventana del taller, que daba al patio interior de la casa, y gritó,

—¡Teseo! ¡Abre la puerta! —La barba grisácea apuntaba a izquierda y a derecha— ¿Dónde está ese inútil? Corre y abre la puerta, Fiametta, pero antes escóndete el pelo bajo el gorro, que estás toda despeinada y pareces una lavandera.

Fiametta bajó de un salto, desató los extremos del sencillo gorro de lino blanco y, con los dedos, alisó y peinó para atrás las mech

encrespadas de pelo negro que se le habían ido soltando inadvertidamente, absorbida por el trabajo matinal. Se ajustó cuidadosamente el gorro otra vez, aunque en la parte de atrás unos bucles rebeldes desafiaron al orden cayendo en cascada sobre la nuca hasta la mitad de la espalda. Ahora desearía habérselo trenzado al amanecer, en lugar de salir corriendo a encender el fuego en el hornillo de copelación que estaba en la esquina del taller, antes de que su padre se despertase y bajara. Y sería aún mejor si llevara el gorro de encaje de Brujas que su padre le había regalado la primavera pasada, cuando cumplió quince años.

Los golpes sonaron de nuevo.

—¡Los de la casa!

Fiametta entró bailando al corredor de piedra y deslizó la tranca de la puerta principal, la abrió y dijo con una reverencia,

—Buenos días, maese Quistelli —y, conteniendo tímidamente el aliento—. Capitán Ochs.

—Ah, Fiametta —el maese Quistelli la saludó con un gesto de cabeza—. He venido a ver al maestro.

El maese Quistelli llevaba una vestimenta larga y oscura, como la que llevan los hombres de letras. El guardia, Uri Ochs, llevaba el uniforme del duque, un sayo negro y corto con las mangas a rayas rojas y doradas, y unas calzas negras. No portaba coraza de metal, ni pica ni casco en esta mañana apacible, solo la espada a la cintura y un gorro de terciopelo negro con el emblema del duque de Montefoglia sobre el pelo castaño. El emblema consistía en una flor y una abeja, obra del maestro Beneforte, y estaba hecho de cobre dorado que brillaba como si fuera de oro macizo, guardando así el secreto de la pobreza relativa del capitán. Al saber que el suizo enviaba la mitad de la paga a su madre, el maestro Beneforte había murmurado algo, sacudiendo la cabeza. Fiametta no estaba segura de si lo hizo porque admiraba su devoción filial o por desánimo ante su debilidad financiera. Sin embargo, las piernas del capitán Ochs rellenaban bien las calzas, que no le hacían bolsas como las polainas a los aprendices escuálidos o a los ancianos secos.

—¿De parte del duque? —preguntó Fiametta esperanzada. La bolsa de cuero que colgaba de la cintura del maese Quistelli junto a los anteojos abultaba de forma prometedora. Pero en fin, su padre decía que el duque siempre prometía. Fiametta los invitó a pasar y los condujo hasta el taller delantero, donde el maestro Beneforte avanzó hacia ellos, frotándose las manos como saludo.

—¡Buenos días, caballeros! Confío en que traigan buenas noticias acerca del bronce que el duque Sandrino me prometió para mi gran obra. Dieciséis lingotes de cobre, en realidad, ni uno menos. ¿Ya está todo arreglado?

El maese Quistelli se encogió de hombros ante este inconveniente.

—Aún no, pero estoy seguro de que para cuando estéis listo, maestro, el metal también lo estará. —Levantó la ceja con cierta ironía, y el maestro Beneforte arrugó el ceño. Su padre tenía un olfato como el de un perro de caza para el menor desaire o insulto. Fiametta contuvo la respiración, pero el maese Quistelli prosiguió, tocando la bolsa que llevaba al cinto:

—Os traigo la asignación de mi señor para la madera, la cera y los trabajadores.

—Ni siquiera yo soy tan bueno haciendo conjuros como para poder hacer bronce con cera y madera —gruñó el maestro Beneforte, pero aceptó la bolsa sin dudar.

El maese Quistelli se desvió del tema ligeramente.

—Vuestra habilidad es incuestionable, maestro. Es de vuestra rapidez, de lo que mi señor duda. ¿Quizá aceptáis demasiados encargos, en detrimento de todos?

—Debo emplear el tiempo de una forma productiva, si quiero que en mi casa haya comida —respondió el maestro Beneforte secamente—. Si mi señor el duque desea que su esposa deje de encargarme joyas, debe tratarlo con ella, no conmigo.

—Respecto a ese salero, —dijo el maese Quistelli con firmeza.

—He trabajado sin descanso para tenerlo listo cuanto antes, como ya os he dicho.

—Sí, pero, ¿está acabado?

—Solo falta esmaltarlo.

—¿Y los hechizos? —sugirió el maese Quistelli— ¿Ya los habéis echado?

—No se echan —dijo el maestro Beneforte ofendido en su dignidad—. No es un hechizo de tres al cuarto lo que vuestro señor espera de mí. Es un hechizo completo, sólido, que se trabaja con cada golpe de cincel.

—El duque Sandrino me ha ordenado que observe el progreso —dijo el maese Quistelli, algo más apocado—. La noticia no se ha hecho pública todavía, pero voy a decíroslo en confianza, se está negociando el casamiento de su hija. Quiere estar seguro de que el salero esté listo a tiempo para el banquete de compromiso.

—¡Ah! —el rostro del maestro Beneforte se iluminó—. Un estreno a la altura de mi arte. ¿Cuándo está previsto?

—A finales de este mes.

—¡Tan pronto! ¿Y quien es el afortunado novio?

—Uberto Ferrante, señor de Losimo.

Hubo una pausa marcada.

—Ya entiendo la urgencia de mi señor el duque —dijo el maestro Beneforte.

El maese Quistelli hizo un gesto bajando las manos para prevenir cualquier comentario.

—Fiametta —el maestro Beneforte se volvió hacia ella, sacándose un llavero del cinturón—, corre a buscar el salero de oro al arcón de mi habitación. Asegúrate de cerrar otra vez tanto el baúl como la puerta detrás de ti.

Fiametta cogió las llaves y salió caminando como una dama, evitando dar saltitos infantiles delante del capitán suizo, hasta que llegó a las escaleras del patio que conducían a la galería superior y las subió de dos en dos.

El gran arcón de hierro a los pies de la cama de su padre contenía una docena de libros con cubierta de piel, varias pilas de notas y papeles atados con lazos —nerviosa, trató de recordar si de verdad las había vuelto a poner en su lugar la última vez— y una caja de nogal pulido. El arcón exhalaba la fragancia del papel, de la piel, de la tinta y de la magia. Levantó la pesada caja y volvió a cerrar el arcón y la puerta con aquellas llaves decoradas con complejas filigranas. Notó fluir los hechizos de alejamiento a cada vuelta de llave en forma de pequeña sacudida en los nervios de la mano. Su padre se esforzaba denodadamente para que los encantamientos fueran potentes sin que se sintieran en absoluto, tratando de dotar a su arte de sutileza. Volvió a bajar al taller. Las livianas zapatillas de piel apenas hacían ruido sobre las baldosas al acercarse. Una palabra casual pronunciada por el capitán captó su atención; se quedó quieta y escuchó a través de la puerta del taller.

—¿Entonces la madre de vuestra hija era morisca o negra?

—Etiope, seguramente —opinó el maese Quistelli—. ¿Era esclava suya?

—No, era cristiana —replicó el padre de Fiametta—. De Brindisi. —Su voz sonó algo seca, Fiametta no supo bien si por imponer respeto por las mujeres cristianas o por Brindisi.

—Debe haber sido muy hermosa —dijo el suizo cortésmente.

—Lo era. Tampoco yo he estado siempre tan seco ni tan estropeado como me veis ahora, después de haberme roto la nariz y de que el pelo haya encanecido.

El capitán Ochs hizo un sonido de disculpa, indicando que no había tenido intención de menospreciar a su anfitrión con su franqueza. El maese Quistelli, también mayor, se rió al darse cuenta.

—¿Ha heredado vuestro talento en el arte, maestro Beneforte, a espaldas vuestras? —preguntó el maese Quistelli.

—Desde luego es mucho mejor que el manazas de mi aprendizaje, que solo sirve para acarrear leña. Sus dibujos y sus diseños son muy buenos. No se lo digo, por supuesto, no hay nada más insoportable que una mujer orgullosa. Le he dejado que trabaje la plata y ahora he comenzado a dejarle que trabaje el oro.

El maese Quistelli dejó escapar un sonido de cierta admiración.

—Pero yo estaba pensando en vuestras otras artes.

—¡Ah! —la voz del maestro Beneforte se deslizó sin responder de hecho a la pregunta—. Es una pérdida de tiempo enseñar a una hija que se llevará tus secretos y tus esfuerzos para dárselos a otro hombre cuando se case. Aunque si ciertos nobles siguen retrasándose en el pago que un artista de mi categoría merece, el conocimiento puede ser la única dote que yo le deje. —Exhaló un largo suspiro acusador en dirección al maese Quistelli—. ¿Le he contado que una vez el papa quedó tan impresionado por la belleza del medallón de oro que le hice para la capa que me dobló el pago?

—Sí, varias veces —dijo el maese Quistelli con rapidez, sin que sirviese de nada.

—También iba a hacerme maestro de la Casa de la Moneda, hasta que le llegaron unos rumores de mis enemigos que me acusaban falsamente de nigromancia y pasé un año pudriéndome en las mazmorras del castillo de San Angelo.

Fiametta ya había oído esa historia. Retrocedió unos pasos, hizo sonar las zapatillas contra las baldosas y entró en la habitación. Depositó la caja de nogal con cuidado ante su padre y le devolvió las llaves. Él sonrió, se frotó las manos en el sayo y pronunciando una palabra en voz baja abrió la caja y levantó la tapa. Deshizo un envoltorio de seda y levantó el objeto que contenía, para exponerlo a la luz del sol que caía sobre la mesa.

El salero dorado brilló soltando destellos a la luz, y los dos visitantes contuvieron la respiración. Era una escultura que se apoyaba en una base ovalada de ébano, profusamente decorada. Sobre ella, había dos

figuras de dos palmos de alto, una era la de una hermosa mujer desnuda y la otra, la de un hombretón barbudo que sostenía un tridente, sentado con las piernas cruzadas.

—Como vemos en los brazos de mar y en los promontorios. —El maestro Beneforte les explicó el simbolismo con entusiasmo. Un barco, que a Fiametta le parecía más bien una barca de remos, delicadamente trabajado junto a la mano del rey del mar contendría la sal; un pequeño templo griego bajo la mano graciosamente suspendida de la reina de la tierra contendría la pimienta. Alrededor del hombre había caballitos de mar, peces y unos crustáceos extraños; alrededor de la mujer una revolución alegre de hermosas criaturas terrestres.

El capitán suizo abrió la boca, y el maese Quistelli cogió los anteojos del cinturón, se los acercó a la nariz y miró ansiosamente la obra. El maestro Beneforte se henchía visiblemente al señalar los detalles significativos y disfrutaba del asombro de los dos hombres.

El maese Quistelli fue el primero en recuperarse.

—Pero, ¿funciona? —preguntó obstinadamente.

El maestro Beneforte chascó los dedos.

—¡Fiametta! Tráeme dos copas y esa botella del vino amargo que usa Ruberta para cocinar, no traigas el chianti bueno, y el polvo blanco que usa para matar a las ratas en la despensa. ¡Rápido!

Fiametta corrió a toda prisa, resplandeciente con su secreto. *Yo diseñé los delfines, y los conejitos también.* Detrás de ella podía oír al maestro Beneforte rugiendo otra vez a causa de Teseo, el aprendiz. Se lanzó a través del patio hasta la cocina, respondiendo casi sin aliento a las protestas de Ruberta ante su frenesí con un «¡lo quiere mi padre!».

—Sí, niña, pero estoy segura de que también querrá comer, y el fuego en la cocina se ha apagado. —Ruberta apuntó con la cuchara de madera a la caja del fogón de azulejos de color celeste.

—Bah, ¿eso es todo? —Fiametta se agachó, abrió la puerta de hierro y giró la cara para ver el interior del cuadrado oscuro. Ordenó los pensamientos para conseguir un instante de calma.

—*Piro* —exhaló. Unas llamas brillantes azules y amarillas se alzaron bailando sobre los carbones apagados—. Será suficiente. —Saboreó el calor del hechizo en la lengua con satisfacción. Al menos sabía hacer una cosa bien. Hasta su padre lo decía. *Y si hago bien una, ¿por qué no más?*

—Gracias, querida —le dijo Ruberta, volviéndose para alcanzar el cacharro de hierro. Por el aroma que desprendía la tabla de cortar, era evidente que iba a hacer alguna maravilla con cebollas, ajo, romero y cordero.

—De nada. —Rápidamente, Fiametta reunió los objetos necesarios para la demostración en una bandeja, entre ellos las dos últimas copas de vino de cristal de Venecia que habían sobrevivido al trato que les dispensaron los carreteros en el traslado a Montefoglia, hacía casi cinco años. Su padre había olvidado mencionar la sal y la pimienta; cogió los frascos de la estantería de arriba para añadirlos también a la colección y lo llevó todo al taller, con la espalda muy recta.

Sonriendo para sí, el maestro Beneforte puso un poco de sal en el hueco del casco del barco. Por un instante, la expresión de su rostro se volvió hacia su interior, murmuró algo en voz muy baja y se santiguó. Cuando maese Quistelli comenzó a hablar, Fiametta le tocó el brazo para impedir que interrumpiera lo que ella sabía que iba a ser un paso crítico. El zumbido del salero que respondió al maestro Beneforte era profundo e intenso, pero casi imperceptible, muy musical y agradable. Un año antes ella no habría podido notarlo en absoluto; el maese Quistelli claramente no oía nada.

—¿La pimienta, padre? —le ofreció.

—No vamos a usar la pimienta hoy —respondió sacudiendo la cabeza. Entonces puso una cucharada generosa de matarratas en una de las copas de vino y le ató un cordel en el pie para distinguirla. Luego sirvió vino en ambas. El polvo se disolvió lentamente, con una débil efervescencia.

—¿Dónde está el chico? —masculló el maestro después de esperar un poco. Afortunadamente, antes de que se enfadase de verdad, Teseo apareció en el taller tras dar un portazo en la entrada principal, con el gorro ladeado, las calzas sueltas con los lazos a medio atar y una toalla liada entre las manos nerviosas.

—Solo he podido cazar una en el podridero, maestro —se disculpó Teseo—, la otra me ha mordido y se ha escapado.

—¡Ja! Entonces quizá te use como sustituto —se enfadó el maestro Beneforte. Teseo palideció.

Cogió la toalla, que aprisionaba a una rata enorme, muy agresiva, de dientes amarillos y rotos, y piel sarnosa. Teseo se chupó el dedo herido. La rata mordisqueó, siseó, se retorció y chilló con voz aguda. Sujetando al animal firmemente por la piel del cogote, el maestro Beneforte cogió un tubo fino de cristal, tomó con él un poco del vino

que ahora era rosado de la copa marcada por el cordel y lo introdujo en la garganta del roedor. Después de un momento, soltó al animal por el suelo. Éste volvió a mordisquear, empezó a correr y a girar en círculo, mordiéndose los costados. Entonces comenzó a sufrir convulsiones y murió.

—Ahora observad, caballeros —dijo el maestro. Los dos invitados se inclinaron para acercarse a la vez que él cogía una pizca de sal con los dedos y la depositaba en la copa de vino limpia. No ocurrió nada. Cogió una segunda pizca más generosa y la echó en el vino envenenado. La sal soltó una llamarada, los granos se convirtieron en chispas de color naranja; una llama azul, como la del brandi encendido, emergió de la superficie del líquido y ardió durante un minuto entero. El maestro Beneforte removió la mezcla despacio con la pipeta. El contenido ahora era tan claro y rojizo como el de la otra copa. Alzó la que estaba marcada.

—Ahora... —miró a Teseo, que comenzó a chillar tanto como la rata, retrocediendo con aprensión— ¡Bah! Inútil —dijo el maestro con desprecio. Miró a Fiametta y una sonrisa misteriosa se dibujó en sus labios—. Fiametta, bébete esto.

El maese Quistelli contuvo la respiración con un jadeo, y el capitán le agarró la mano para protestar, desconcertado, pero Fiametta se puso muy recta, les dedicó una sonrisa orgullosa y segura, y tomó la copa de vino de la mano de su padre. Se la llevó a los labios y se lo bebió todo de un trago. El capitán Ochs se preocupó de nuevo cuando ella comenzó a hacer muecas y una ligera alarma asomó por un momento a los ojos del maestro Beneforte, pero ella alzó la mano para tranquilizarlos.

—Está salado, este vino vuestro. —Se rascó la lengua con los dientes y trató de suavizar un pequeño eructo—. Vaya desayuno.

El maestro Beneforte sonrió triunfalmente al administrador del duque.

—¿Qué si funciona? Parece que sí. Podéis decirle a vuestro señor que habéis sido testigo.

El maese Quistelli aplaudió.

—¡Fantástico! Aunque miraba de vez en cuando a Fiametta.

Lamentablemente, Fiametta fingió sentir la necesidad imperiosa de agarrarse el estómago, simuló que iba a caer al suelo y a gritar. La oportunidad pasajera de gastar una broma podía ser hermosa, pero el sentido del humor del maestro era muy limitado y su respeto por la venganza le alcanzaba solo para comprender que otros quisieran hacer justicia por los insultos que les dedicaba.

—«Es una pérdida de tiempo enseñar a una hija...» —suspiró Fiametta.

El maese Quistelli tocó la hermosa figura de oro.

—¿Y cuánto durará?

—El salero siempre, porque esa es la naturaleza incorruptible del oro. El hechizo de purificación, quizá unos veinte años, si la pieza no se daña y no se usa sin necesidad. La oración para que actúe irá grabada en el fondo, ya que espero que me sobreviva.

El maese Quistelli alzó las cejas impresionado.

—¡Tanto!

—Quiero que mi trabajo sea valioso —dijo el maestro Beneforte.

Tomando nota de la indirecta, el maese Quistelli contó la asignación del duque sobre el banco de taller, y Fiametta se fue de nuevo a guardar el salero y la bolsa del dinero en el arcón.

Cuando volvió, el maese Quistelli se había ido, pero el capitán Ochs seguía allí con su padre, como solía hacer.

—Venid al patio, Uri —le dijo el maestro— y veréis a vuestro gemelo marcial antes de que lo vista con su sayo de arcilla. Solo hace dos días que acabé de echar la cera. La arcilla ha estado macerando durante meses.

—¡Terminado! No tenía ni idea de que fuese tan adelantado —dijo el capitán Ochs—. Entonces, ¿vais a invitar al duque a inspeccionar a este nuevo soldado suyo?

El maestro Beneforte sonrió amargamente, y se llevó un dedo a los labios.

—Ni siquiera os lo habría enseñado a vos si no quisiera comprobar unos últimos detalles. Quiero moldearlo y vaciarlo en secreto para sorprender a mi impaciente señor de Montefoglia con el bronce acabado. ¡Veremos si entonces mis enemigos se atreven a insultar mi diligencia!

—Os habéis dedicado a esto durante más de tres años —dijo Uri, dubitativo—. Aún así, es mejor prometer poco y hacer más, que al revés.

—Sí —el maestro condujo al joven al patio. El pavimento estaba aún en sombra, aunque un hilo de luz de la mañana trepaba visiblemente por la pared a medida que el sol ascendía. Fiametta iba detrás completamente en silencio por miedo a que al atraer la atención de su padre, éste le encomendara alguna tarea aburrida para que se mantuviese a distancia y así no pudiera oírlos.

Bajo un dosel de lona, se alzaba una figura redondeada envuelta en lino, de una altura equivalente a la de un hombre y medio, fantasmagórica en la penumbra. El maestro Beneforte se subió a una banqueta y con cuidado, le quitó la envoltura protectora. Una mano fuerte de hombre, alzada, apareció en primer lugar, sujetando una cabeza cortada de cabellos de serpientes, con una mueca que la hacía parecer una máscara mortuoria. Luego surgió la cara serena del héroe bajo el casco alado y, finalmente, el resto de la figura desnuda. En la mano derecha sostenía una hermosa espada curva. Los músculos flexibles mantenían todo el equilibrio de un cuerpo lleno de energía, bajo el espantoso trofeo que blandía victoriosamente. La superficie translúcida estaba hecha de una cera marrón dorada y exhalaba el suave aroma de la miel.

—Verdaderamente —Uri respiró, acercándose—, ¡es mágica, maestro Próspero! Parece que va a bajar del pedestal en cualquier momento. ¡Es aún mejor que el modelo de escayola!

El maestro Beneforte sonrió complacido.

—No tiene nada de mágica, joven. Es puro arte. Cuando esté terminada, glorificará mi nombre para siempre. Próspero Beneforte, maestro escultor. Esos estúpidos ignorantes que me consideran un simple orfebre y un latonero se quedarán estupefactos y desconcertados el día que levante el velo que la cubre en la plaza. «El artesano del duque», ¡ja!

Uri miraba la cara de cera del héroe fijamente, fascinado.

—¿De verdad se me parece? Temo que me hayáis favorecido demasiado, maestro Beneforte.

El maestro se encogió de hombros.

—La cara está idealizada. Perseo era griego, no suizo, y no estaba picado de viruela como un queso. Es vuestro cuerpo lo que ha sido de un inmenso valor para mí como modelo. Bien formado, robusto, pero sin esa pesadez que tienen algunos hombres fuertes.

Uri simuló un escalofrío.

—Glorioso o no, no volveréis a convencerme de que pose desnudo en invierno mientras vos os sentáis envuelto en pieles.

—Mantuve siempre el brasero cargado de carbón. Pensaba que vosotros, cabras montesas, erais insensibles al frío.

—Cuando podemos movernos. Nuestros inviernos nos hacen ser muy trabajadores. El estar de pie quieto y retorcido como una cuerda, era lo que acababa conmigo. He tenido un resfriado que me ha durado un mes.

El maestro Beneforte movió la mano quitándole importancia.

—Valió la pena. Bueno, ya que estáis aquí, quitaos la bota derecha. Estoy algo preocupado por el pie de esta estatua. Cuando la haga, tendré que forzar el vertido del metal hacia abajo unos cinco codos. Las cabezas se harán perfectamente porque el fuego asciende. Se supone que es Perseo, no Aquiles, ¿verdad?

El capitán suizo se quitó la bota obedientemente y meneó los dedos para que el escultor los estudiara. El maestro Beneforte comparó la carne y la cera y finalmente dio un gruñido de satisfacción.

—Bien, podré arreglar lo que falte, si es necesario.

—Se ven hasta las venas en la carne de cera de este tipo —dijo Uri acercándose—, me sorprende que no le hayáis hecho los padrastrós y los callos que yo tengo, parece que esté vivo. ¿Quedará igual de bien después de pasarlo de la arcilla al bronce? La carne es tan delicada. —Dio unos saltos, poniéndose la bota.

—¡Ja! Eso puedo demostrároslo inmediatamente. Acabamos de hacer un modelado pequeño en oro. Voy a romper la arcilla ante vuestros ojos y podréis ver por vos mismo si los padrastrós de la estatua se van a conservar.

—Oh, padre —interrumpió Fiametta con urgencia—, ¿puedo hacerlo yo? He hecho todos los demás pasos yo sola. —Seguramente, él notaría el hechizo que ella acababa de hacer, si lo tocaba estando tan fresco.

—¿Cómo? ¿Todavía estás por aquí, perdiendo el tiempo? ¿No tienes nada que hacer? ¿O esperabas echarle otra mirada a un hombre desnudo? —El maestro Beneforte apuntó al Perseo de cera con la barbilla.

—Vais a ponerlo en la plaza del pueblo, padre. Todas las doncellas lo verán —se defendió Fiametta. ¿La habría sorprendido espiando en las sesiones de posado?

El Perseo vivo, Uri, pareció inquieto ante la idea. Volvió a mirar a la estatua, como si quisiera pedir que le hicieran un taparrabos de bronce.

—Bien —se rió indulgentemente el maestro ante el azoramiento de ella—, eres muy valiente, Fiametta, y mereces una recompensa por haberte bebido el vino salado a la hora del desayuno para asombrar al suspicaz Quistelli. Ven con nosotros. —Los volvió a llevar a ambos al taller delantero—. Ya lo veréis, capitán. El proceso de la cera perdida es tan fácil que hasta un niño puede hacerlo.

—Ya no soy una niña, padre —intervino Fiametta.

Él dulcificó la sonrisa,

—Eso parece.

La pella de arcilla estaba sobre el banco de taller donde la había dejado. Fiametta reunió los cinceles más pequeños del colgador de la pared, sujetó la bola entre las manos un momento y recitó una oración para sus adentros. El zumbido inaudible del hechizo se convirtió casi en un ronroneo silencioso. Su padre y el capitán se apoyaron sobre los codos a ambos lados y miraron. Golpeó el cincel y la arcilla voló en pequeños pedazos. El oro refulgía desde la matriz de barro.

—¡Ah! Es un anillo —dijo Uri, acercándose. Fiametta le sonrió.

—Una pequeña máscara de león —continuó el capitán con interés, a medida que los dedos de ella manejaban una aguja para eliminar lo que quedaba de arcilla—. ¡Ah, mira los diminutos dientes! ¡Parece que ruge! —se rió.

—Los dientes van a sujetar un rubí —le explicó Fiametta.

—Un granate —la corrigió el maestro Beneforte.

—Un rubí brillaría más.

—Y costaría más.

—Creo que quedaría bien en la mano de un señor —dijo Uri—.

Podríais recuperar el precio del rubí.

—Es para mí —le informó Fiametta.

—Ah, pero el tamaño es el de un hombre, doncella.

—Es para el pulgar —le explicó.

—Un diseño que me ha llevado el doble de oro que un anillo ordinario —intervino el maestro—. La próxima vez tendré más cuidado con lo que prometo.

—Y ¿es mágico, señora?

El maestro Beneforte se atusó la barba y respondió por ella,

—No.

Fiametta lo miró, protegida tras sus espesas y largas pestañas. Él ni sonrió ni frunció el ceño, pero ella notó que la observaba atentamente parapetado en un comportamiento amable. Ella dio unas sacudidas, puso el anillo en la palma del capitán y contuvo el aliento.

Él le dio la vuelta, acariciando la melena del león con un dedo. No intentó ponérselo. Sus ojos se encontraron con una mirada perpleja.

—Sabéis, maestro Beneforte, al criticar tan duramente a vuestro torpe y perezoso asistente, me ha venido una idea a la cabeza, ¿Qué os parecería si escribiera a mi hermano Thur, que está en Bruinwald? Tiene solo diecisiete años, pero ha hecho todas las labores en las minas y en las fraguas desde que era pequeño. Es muy rápido y ha sido

ayudante del maestro Kunz en los hornos. No sería un aprendiz novato ni ignorante. Sabe mucho de metales, en particular del cobre. Y ahora debe ser mucho más grande y fuerte que cuando lo vi por última vez. Es justo lo que necesitáis para vuestro Perseo Glorioso.

—¿Escribís a vuestro hermano a menudo? —le preguntó el maestro, viéndolo girar el anillo en la mano.

—No... ¡cielos! No he estado en casa desde hace cuatro años. La vida de un minero es dura y austera. El recuerdo de aquellos túneles oscuros y estrechos me da escalofríos incluso después de tanto tiempo. Le he ofrecido a Thur dos veces un puesto en la guardia del duque, pero dice que odia ser soldado. Yo le digo que no sabe lo que es bueno para él, pero si la gloria del duque en las batallas no lo saca de ese agujero bajo tierra, tal vez lo haga la vuestra en las artes. Cerró la mano alrededor del anillo otra vez, la alargó hacia Fiametta y lo frotó distraídamente contra la palma.

—Ha trabajado con cobre fundido, ¿eh? —dijo el maestro Beneforte—. Bien, sí, escribidle. Veamos que pasa.

El capitán sonrió.

—Voy a hacerlo ahora mismo. —Hizo una reverencia a Fiametta, le deseó buenos días al maestro Beneforte y salió deprisa.

Fiametta se sentó en la banqueta, con el anillo en su mano, y exhaló un profundo suspiro de desencanto.

—Tenéis razón, padre. Es inútil, no puedo hacer magia.

—¿Crees que no? —dijo el maestro con suavidad.

—¡El hechizo no ha funcionado! ¡He puesto toda mi alma y mi corazón en él y no ha pasado nada! Ni siquiera se ha puesto el anillo por un segundo. —Miró hacia arriba al darse cuenta de que acababa de revelar su secreto, pero el maestro Beneforte parecía más pensativo que enfadado—. No os he desobedecido exactamente, padre. No me dijisteis que no pudiera usar magia con el anillo.

—No lo preguntaste —dijo en pocas palabras—. Sabes muy bien que nunca te he animado a hacerlo. La magia del metal es demasiado peligrosa para que la use una mujer. O eso he pensado siempre. Ahora empiezo a preguntarme si no será aún más peligroso no enseñártela.

—¡He tenido buen cuidado de no usar más que hechizos sagrados en el anillo, padre!

—Sí, lo sé. ¿Crees que eres transparente, Fiametta? —añadió ante su mirada inquieta—. Soy un maestro, niña. Ni siquiera otro maestro podría usar mis libros sin que yo me enterara.

Ella se desmoronó.

—Pero mi magia ha fallado.

Él cogió el anillo y lo giró a la luz.

—Debería castigarte por tus agucias y tus secretos... —Abrió de un golpe el delantal doblado al final del banco, examinó su contenido y frunció los labios—. Has usado el hechizo de amor verdadero del maestro de Cluny, ¿verdad?

Ella asintió con tristeza.

—Ese hechizo no consigue amor verdadero, niña. Eso sería una contradicción en sí misma, puesto que los sentimientos forzados por la magia no son sinceros por definición.

—¡Oh!

—Tu anillo puede que haya funcionado, aunque la magia del maestro de Cluny no es un ejercicio sencillo para un aprendiz. Lo que ha revelado es que el atractivo, aunque picado de viruela, capitán Ochs no es tu amor verdadero.

—Pero... me gusta. Es amable y cortés. Un caballero, no como la mayoría de los soldados, que son unos brutos.

—No es más que el primer hombre al que has visto o, al menos, prestado especial atención. Y, desde luego, lo has visto bien.

—Bueno, eso no es culpa mía —gruñó ella.

—Son tus amigas, con esas risitas, las que han alentado en ti un descaro tan indecoroso.

—Voy a cumplir dieciséis años en pocas semanas, padre. Sabéis que la cotilla de Magdalena se prometió el mes pasado. Ya se está probando el vestido de novia. Y las noticias que hemos recibido esta mañana; ¡la hija del duque, Julia, solo tiene doce años!

—Eso no es más que política —dijo el maestro Beneforte— que no huele precisamente a rosas. Que no se te ocurra contarle a nadie lo que has oído al respecto, o sabré de donde viene el rumor. El señor Ferrante de Losimo tiene treinta y cinco años y una dudosa reputación. Su segunda mujer no había cumplido los dieciséis, tu misma edad, piénsalo, cuando murió en el parto hace menos de dos meses. No creo que encuentres su destino muy seductor.

—¡No, claro que no! Pero aún así... de repente, todo el mundo se casa. Menos yo. Todos los hombres buenos estarán cogidos, y vos estaréis dándome órdenes hasta que sea vieja y gorda, solo para tenerme a mano para vuestros conjuros. «Sangra un poco en este cuenco de madera fresca, querida, solo una gota», hasta que me